

Corrupción y manos limpias

Francisco León Florido

*Catedrático de Filosofía de Enseñanza Media.
Miembro del Instituto E. Mounier.*

El problema de la «corrupción» exige ser planteado desde muy diversas perspectivas: política, sociológica, ética, religiosa, etc. Naturalmente, cada una de ellas destaca un aspecto del conjunto de la naturaleza de esta lacra de nuestro tiempo, que corroe poco a poco las estructuras sociales y la confianza en el sistema político y de valores en el que desarrollamos nuestra actividad vital.

Quizá no esté de más recordar que el propio término «corrupción» se consideraba como una cualidad inherente al hecho mismo de ser hombre, un miembro de esta naturaleza regida por fenómenos cambiantes, en que unas cosas han de morir para dejar paso a otras que ocupen su lugar. El pensamiento clásico suponía que el triunfo sobre la disgregación corruptora tenía lugar sólo a nivel del conjunto de toda la naturaleza; así, si el hombre individual había de perecer, la especie humana garantizaba alguna forma de inmortalidad. Sólo el cristianismo trae la fe en una victoria del hombre sobre la corrupción, de la cual es anuncio el propio triunfo de Cristo sobre la muerte. En suma, parece que el hombre es por naturaleza un ser corrupto o, al menos, corrompible. Otra línea de pensamiento, sin embargo, comienza a considerar que la corrupción es evitable, puesto que se trataría, en reali-

dad, de una disgregación mecánica de la originaria unidad del ser humano. Si el mecanismo se mantuviera unido, no habría razones intrínsecas para que el hombre debiera corromperse, ya que si lo hace siempre es motivado por alguna acción exterior. Los moralistas de todas las épocas han afrontado esta cuestión desde esta doble perspectiva, tan pronto confiando en el hecho de que el hombre es bueno por naturaleza, y se corrompe por la maldad de las relaciones humanas perversas, tan pronto aceptando el carácter malvado de la naturaleza humana, que busca sólo el propio beneficio sin reparar en las consecuencias que pueda tener para los otros.

Así pues, habríamos de preguntarnos: ¿anida la corrupción moral, tanto como la natural, en las profundidades de nuestra naturaleza o, por el contrario, no es sino fruto de unas circunstancias determinadas? No es cosa baladí responder en uno u otro sentido, pues de ello dependerá, en buena medida, cómo hayamos de enfrentarnos con uno de los interrogantes que más cuestionan la fe en el hombre actual.

Puede creerse que existe una historia humana que reflejaría los acontecimientos que han ido fraguando el mundo tal y como hoy lo conocemos. Sobre el lienzo histórico se irían dibujando los sucesos más llamativos: bata-

llas, auge y decadencia de los imperios, destrucción y desolación para los pueblos y, paralelamente, lujo y placer para los poderosos... Junto a este devenir, sin embargo, encontramos un mundo paralelo, el de los instintos y pasiones que se sitúan en el subsuelo de la superficie representada en la historia oficial. Este submundo está formado por las ansias de poder, los odios y los deseos que mueven a los hombres y que explican, en definitiva, aquellos otros acontecimientos más visibles. Hay una historia de las batallas, de la evolución de la técnica o del arte, pero quizá no la haya del amor o del dolor. Los sentimientos, en definitiva podrían ser ahistóricos, de tal manera que lo que mueve al hombre actual sería, en definitiva, lo mismo que hacía mil o dos mil años atrás. Freud quiso ofrecer una explicación del hombre de este tipo cuando pensó que existe un fondo profundo en la mente humana, que no aflora al exterior, pero que es la causa de todos los fenómenos psíquicos que aparecen en la vida consciente. Este inconsciente carecería de historia, mientras que los actos conscientes constituirían el recorrido vital de cada individuo. Si esto sucediera así, podríamos afirmar que los bajos instintos que laten en el fondo de la corrupción individual y social no harían sino reflejar la realidad humana tal y

DÍA A DÍA

como ha sido siempre y como será en el futuro, puesto que las pasiones no cambian, sólo lo hacen las circunstancias en las que actúan.

El ansia de poder, la codicia o la búsqueda del placer a cualquier precio afloran en forma de lujo desenfrenado, de ausencia de valores en las relaciones humanas, de lucha por el beneficio a toda costa, en fin, de todas aquellas cosas que expresan el espíritu de nuestra sociedad. Marx quiso oponerse a esta visión; para él, no bastaba con ofrecer una explicación de los males humanos en base a la codicia universal de los hombres, tal y como hacían los economistas políticos de su tiempo. La explotación y la opresión del hombre por el hombre serían, para los ideólogos del liberalismo, la consecuencia necesaria de una naturaleza humana corrompida, que busca el dominio de los unos sobre los otros sin detenerse en prejuicios morales. Marx, en cambio, tiene fe en la naturaleza del hombre, de modo que explica la explotación como un hecho inherente a una situación social determinada, la del capitalismo, que ha creado una estructura política y económica que exige la victoria de los poderosos sobre los débiles, hasta reducir a éstos a la más miserable de las condiciones para seguir manteniendo la opulencia de unos pocos.

Hoy, en la época de las creencias débiles, se tiende a pensar que la ideología segregada por unos medios de comunicación en manos de los poderosos no es ya lo suficientemente potente como para modificar las conciencias. Pensamos que el hombre actual, en su orgullo insensato, es lo suficientemente ilustrado como para ser capaz de juzgar por sí mismo sobre los acontecimientos,



Camille Pissarro, *El camino de Louveciennes* (fragmento).

sobre la realidad que le rodea, y que, por ello, no puede resultar engañado en beneficio de los intereses de algunos. Se nos ha hecho creer que todos participamos del mismo festín, llevando hasta el paroxismo la vieja conseja según la cual todos somos iguales, y lo único que diferencia a los ricos de los pobres es que los primeros hacen lo que a los segundos les gustaría hacer si pudieran. Así, todos, en el fondo, seríamos corruptos, aprovechados, inmorales, como las grandes personalidades de las finanzas o la política, y si no lo somos es sólo debido a que las circunstancias no nos han sido favorables.

Esto significa la pérdida de la fe en el ser humano, en la persona, reducida a una serie de instintos, que manifiestan lo más bajo de la condición del hombre cuando la situación lo permite.

Recuperar la fe en la persona exige, por el contrario, pensar que la codicia o las ansias de poder, aun cuando forman parte de nosotros mismos, son superables con el amor o la humildad; y que, si las pasiones que mueven el mundo actual han acabado por crear esta sociedad de la corrupción en que vivimos, también es posible que un cambio en las personas lleve aparejado el nacimiento de una nueva sociedad más fraternal, más comunitaria. Este ideal traza, seguramente, un objetivo que puede parecer muy lejano y cuya realización será costosa y, quizá, dolorosa, pero nada hermoso es fácil. Y, sobre todo, resulta cada vez más evidente que sin un cambio en las personas, en cada uno de nosotros, no es ni será posible el nacimiento de un nuevo orden social, en el que todos nos veamos con las manos limpias. ▲